

El regreso a Rodó

(Fragmentos de carta)

Viña del Mar, 19 de septiembre de 1941.

Señor don
Mario Garcés Sepúlveda
Santiago.

Mi querido Mario:

.....
.....
... Una de estas defensas es, como Ud. sabe, la pasión por la lectura, para mí a la vez deporte y trabajo, educación y estímulo inspirador. Tomada de este modo, la lectura proporciona aventuras y reserva sorpresas parecidas a las que se encuentran en el mundo de los afectos y de las relaciones personales, con la diferencia de que aquéllas son casi siempre de más provecho y de calidad superior a los de éstas. Autores y libros hay que nos atraen con un «coup de foudre»: otros, que nos van conquistando poco a poco, a medida que intimamos con ellos, no sin haber tenido que vencer, a las veces, repulsiones y resistencias naturales. Y su trato tiene también veleidades e inconsistencias y está sujeto a las mismas *intermitencias del corazón* (¿recuerda Ud. a Proust?), que en el amor y en la amistad se producen.

Voy ahora a contarle una de las anécdotas confesables de mi vida, una de las aventuras de mi existencia intelectual. Probablemente a Ud. le sabrá a poco y no le encontrará desenlace, o hallará que éste es un verdadero parto de los montes; pero, ¿qué quiere Ud.? de las cartas se esperan siempre noticias personales y en realidad no podría yo darle otras.

Como Ud. es buen observador, estoy seguro de que habrá reparado en un retrato de José Enrique Rodó que tengo yo en mi despacho, y como dispone Ud. de una memoria infalible, cierto estoy de que no lo habrá olvidado. Posiblemente, al tropezar con él, le ocurrió a Ud. preguntarse qué hacía ahí ese retrato que en nada corresponde a los entusiasmos literarios que Ud. me oyó manifestar por la época en que frecuentaba mi casa de Santiago. Y su extrañeza hubiera sido fundada, porque en realidad Rodó ya no representaba para mí, entonces, ningún sentimiento actual, y Ud. no tenía por qué saber que había sido en la vida de mis lecturas una de esas cálidas amistades de adolescencia, que orientan el espíritu e imprimen en la sensibilidad rasgos esenciales que no se borran en todo el curso de nuestra existencia terrena.

Lo recuerdo muy bien. Fué en los días aurorales de mi fervor rubeniano y de mi devoción renaniana, cuando me despertaba al alba con la *Salutación del Optimista* y rezaba por la noche, antes de entregarme al sueño, la *Oración en la Acrópolis*. Y el autor de *Ariel* era chantre de la catedral a la cual yo era asiduo concurrente, y entonaba los cantos de la liturgia con una voz tan armoniosa que parecía infundir la fe por efecto y ministerio de la música.

Luego, pasó el tiempo. Otros dioses reemplazaron en mis altares a los primeros, amistades nuevas ocuparon el puesto de las antiguas, distintas preocupaciones solicitaron mi atención. Conocí el francés, el inglés más tarde, y me consagré a estudiarlos en su literatura. Intimé con Gide, con Proust, con Valéry, con Ortega y Gasset—los maestros de la trasguerra—sin

descuidar a los menores y a los epígonos: Mauriac y Maurois, Cocteau y Morand, Giradoux y Girard, Jarnés y Marichalar, Huxley y Katherine Mansfield. Entretanto, la voz de Rodó, entonada y robusta, apenas llegaba ya a mis oídos. Su frase rotunda no podía ya escucharla hasta el final. A comienzos del siglo—y todos estos ejemplos y estas pragmáticas mantenían para mí plena y renovada vigencia—Unamuno decía que cuando él se percataba de que una frase íbale resultando redondeada, «le hacía esquina», para romper su rotundidad y se burlaba de los «bárbaros que quieren lañas lógicas, con partículas conjuntivas, copulativas, disyuntivas, con *asís*, *comos* y *luegos*»; Azorín desterraba escrupulosamente el *que* relativo y lo sustituía por esos puntos que entrecortan a cada paso las cláusulas, privándolas de los recursos, mas también alejándolas de los escollos, del período; Valle-Inclán proponía «reemplazar los nexos gramaticales por nexos mentales»; Gómez Carrillo—frívolo como siempre—se mofaba del «estilo adiposo de Castelar», mientras todo el mundo de habla hispana—Darío el primero—lloraba el desaparecimiento del enorme tribuno y le entonaba loas, cuyos ecos se prolongaron largo tiempo, sin perjuicio de suscitar, por esto mismo, la protesta de los inconformistas profesionales. (Años más tarde, uno de los corifeos de la generación del 98, el inquieto y versátil Azorín, consagrará un libro a Castelar y Fray Luis de Granada—modelos del estilo periódico y numeroso—donde proclama a entrambos los más grandes prosadores de la lengua. Saludable lección para quienes se dejan impresionar por las negaciones iconoclastas y seducir por las modas negativas y excluyentes).

Además—y esto por lo que a mí atañe y a Rodó se refiere—los cronistas hispanoamericanos afincados en el Bulevar me tenían en aquel tiempo convencido de que el *neoespañol*—el nombre es de Gourmont, y Ventura García Calderón lo acogía y glosaba con gran complacencia, por cierto—debía ser elíptico, «rápido, nervioso» y el de Rodó pecaba de lento, de prolijo, de

solemne. Verdad es que sus maestros—al menos así me lo enseñaron—habían sido franceses, pero esos maestros, qué lejos estaban ya de nosotros, jóvenes hechos o rehechos por la postguerra; qué distantes los sentía yo ahora de mí mismo, oscilando como me hallaba entre tres posiciones recíprocamente antagónicas, pero concordantes las tres en su decidida antipatía hacia la actitud intelectualista o escéptica; el heroísmo de Péguy, la introspección desesperada de Proust y el individualismo hedonista de Gide. Los maestros espirituales y formales de Rodó se llamaban Taine, Guyau, Renan, todos «muy siglo XIX». Y el siglo XIX—habíamos convenido en ello—era, por definición, «el siglo estúpido». (Ahora me doy cuenta de que para reducir la ideología de Rodó a filiación tan simple, había que prescindir de su constante afirmación de la insuficiencia del positivismo y la perentoria necesidad de superarlo; y ser, sobre todo, insensible al soplo bergsonian—la filosofía del movimiento—que inspira, agita y remueve *Motivos de Proteo*, desde la primera hasta la última página).

Al fin, tantos y tales progresos hice en la ingratitud, que de Rodó sólo me quedó el retrato aquél, vecino a los de los otros maestros olvidados: Renan, Gourmont, Anatolio France. Cuando iban a visitarme, los amigos esnobs—todos ultramodernos y superfinos—sonreíanle desdeñosos y protectores, sin omitir de pasada algunos de esos epítetos multisilábicos y enfáticos en que solemos resumir nuestro menosprecio: grandilocuente, resonante, redundante, trascendental... (Ser trascendental, era, en 1926, hacerse reo del pecado contra el Espíritu Santo. El arte no pasaba de mero juego, difícil, eso sí, y había que jugar por la fuerza). Uno, hiperfino entre los finos, llegó a pronunciar contra Rodó un epíteto más corto, pero mucho más corrosivo y lapidario: le trató de cursi. Yo, por lealtad, intentaba defensas desganadas, y por debilidad hacía concesiones, que a fin de cuentas no me costaban demasiado, porque el esnob que, cual más cual menos, todos llevamos dentro, se sentía inclinado a

encontrarles razón y hasta se avergonzaba un poco de su devoción de otro tiempo. Tentado estuve muchas veces de arrancar ese retrato que de tal modo me comprometía y tantas molestias me acarreaba. Porque ser tenido por anacrónico, y de mal gusto, por añadidura, es una de las cosas más tremendas que a uno pueden ocurrirle, y se necesita una suerte de heroísmo para no desprenderse de símbolos o distintivos que atraen sobre nosotros fallos tan adversos. He de decir en mi abono que fuí capaz de ese heroísmo, como lo atestigua la inmutabilidad del retrato en el sitio que le tenía consagrado.

Un día, glorioso para mí entre todos, crucé el mar, viví en España, y de allá volví—¡oh poder de Proteo!—cambiado otra vez, y reconquistado. Reconquistado por España, no por Rodó, de quien seguía manteniéndome a distancia, con tanto más motivo cuanto que no creía yo pudiese encajar él dentro del círculo de mis redivivas devociones hispanas; pues tenía le por afrancesado hasta la médula, muy criollo-cosmopolita en estas y otras cosas, y, por consiguiente, desabrido en cuanto a idioma y sin savia tradicional en cuanto a espíritu.

Pero Proteo no puede estarse quieto, y, como el fiero sicambro, suele adorar lo que ha quemado y quemar lo que adoraba la víspera. Por lo demás, es cosa averiguada, según el poeta, que «on revient toujours a ses premiers amours»...

Ud. conoce mi afición a la literatura epistolar. No es que guste de cultivarla, pues a eso le tengo horror, aunque parezca desmentirlo en este momento, sino que me encanta leer y paladear las cartas de los otros. Fué esa afición la que me llevó hace poco al *Epistolario de Rodó*, un folleto infamemente impreso, que andaba confundido tiempo ha entre mis papeles. Bien sabía que tratándose del autor de *El Mirador de Próspero* no iba a encontrar ahí abandonos, indiscreciones, ni confidencias demasiado íntimas. Me imagino que éstas, Rodó, huracán y esquivo no se las haría siquiera a su almohada; tantas y tan insistentes son sus recomendaciones de silencio, y tan rigu-

rosa y severa es su consigna. Mas hay en la vida de todo artista, como en la de todo humano ser, una indecisa zona limítrofe, en la cual el hombre se confunde con el oficio a que algunos—los más fieles—entregan lo más fuerte y lo más puro de su energía vital. Y hay en esta correspondencia pasajes que arrojan luz vivísima sobre esta zona tan interesante para el psicólogo y para el crítico: me refiero a aquéllos en que el autohabla de su obra a un joven admirador suyo, y lo hace con esa complacencia profunda que por tácita convención no se muestra jamás en público y suele aún disimularse en privado.

Querría transcribírselos todos, pero me veré obligado a sólo entresacar unos cuantos. Sé que aun así ocuparán en esta carta un espacio desproporcionado a lo que en ella he puesto de mi cuenta. Pero no importa: me parecen sustanciales y significativos, y tengo mucho interés en que Ud. los conozca. Pertenecen ellos a distintas letras dirigidas por Rodó a Juan Francisco Piquet, entonces en Europa: «Cuando el tiempo y el humor no me faltan, sigo batiendo el yunque de «Proteo», libro vario y múltiple como su propio nombre; libro que, bajo ciertos aspectos, recuerda o más bien recordará, las obras de los «ensayistas» ingleses por la mezcla de moral práctica y filosofía de la vida con el ameno divagar, las expansiones de la imaginación y las galas del estilo; pero todo ello animado y encendido por un soplo «meridional», ático o italiano del Renacimiento; y todo unificado, además, por un pensamiento fundamental que dará unidad orgánica a la obra, la cual, tal como yo la concibo y procuro ejecutarla, será de un plan y una índole enteramente nuevos en la literatura de habla castellana, pues participará de la naturaleza de varios géneros literarios distintos, v. gr. la didáctica, los cuentos, la descripción, la exposición moral y psicológica, el lirismo—sin ser precisamente nada de eso y siéndolo todo por encima de «Ariel», y partes en que la dialéctica y el análisis ideológico son finos y sutiles, en defensa de ideas y doc-

trinas que han de parecer peligrosas a más de un espíritu enmohecido y «encajonado». (Págs. 31-32).

«...Pero, en fin, entre desalientos y desmayos, la obra se va haciendo, y «Proteo» reviste sus múltiples formas, dentro de las cuales alternarán la filosofía moral con la prosa descriptiva, el cuento con el apotegma, la resurrección de tipos históricos con la anécdota significativa, los ejemplos biográficos con las observaciones psicológicas, todo ello en un estilo poético, que a veces asume la gravedad y entono de la clásica prosa castellana, otras la ligereza amena y elegante de la «escritura» francesa. recorriendo las inflexiones más diversas del sentimiento y del lenguaje. Será un libro variado como un parque inglés, o más bien como una selva americana; un libro en el que, a vuelta de una escena de la Grecia antigua encontrará el lector la evocación de una figura épica de la Edad Media, o una anécdota del Renacimiento, o una evolución del siglo XVIII, o una descripción de la Naturaleza, o un análisis psicológico, todo ello relacionado con un plan vasto y complejo, sobre el que se cierne, como un águila sobre una montaña, un pensamiento fundamental». (Págs. 32-35).

No oculta cuánto le halagan los comentarios que sus obras suscitan; los recoge con avidez y hace caudal aun de los juicios halagüeños pronunciados en la intimidad—los más sinceros por otra parte—como el de Menéndez Pelayo, repetido en público por Luis Morote: «Algunas de las citas a que Ud. se refiere sobre aquella obra mía (*Ariel*), me son conocidas, otras no, probablemente. No deje de enviarme lo que encuentre. Acabo de recibir un artículo de Luis Morote, publicado en Madrid, donde habla de la admiración que Menéndez Pelayo siente por mi «*Ariel*».

«Ello es que esta obra va prolongando sus ecos de una manera poco común, y creo que no queda párrafo de ella que no haya sido citado o transcripto por alguien. Con los comentarios que yo conozco (y he de desconocer muchos) podrían formarse

veinte opúsculos del tamaño de «Ariel». Ahora va a reproducirse la obra como folletín de un diario de México».

«Los primeros ecos que suscite la aparición de «Proteo» se confundirán, pues, con los que aun deja vibrantes en el aire su hermano mayor. «Proteo» es mi preocupación casi absorbente. Lo compongo «con delectación morosa», si vale en esto la frase. Hay páginas en que el colorido de la descripción, la firmeza del dibujo, el cuidado de la frase y la compenetración del concepto y de la forma me dejan satisfecho plenamente». (Págs. 37-38).

Luego habla de la documentación de su obra con el mismo indisimulado orgullo: «Tengo cuadernos enteros (diez o doce) llenos de noticias y detalles biográficos, que he reunido, compulsado y organizado durante largos meses, para obtener de ellos conclusiones relativas a diversos puntos de mi tesis. Esta sola tarea importa la consulta de más de «cien» (1) volúmenes de obras biográficas, en mi biblioteca, en la del Ateneo, en la de la Universidad, etc. He querido que los datos que me sirvan de «canévas» sean juntados y obtenidos por mi propio esfuerzo, comparando unas fuentes con otras, y no saqueando tres o cuatro libros donde la tarea esté hecha, como suele hacer la fácil erudición americana. Yo reuno mis datos, uno por uno, y los ordeno a mi manera. En cierto modo, es un bien que no haya escrito mi obra estando en Europa; porque teniendo más elementos de información a mano, quizá no habría parado hasta agotarlos o poco menos, lo que me habría hecho demorar quién sabe hasta cuándo. Tal como está, la base de erudición de mi libro me satisface, porque es el resultado de mi labor e investigación propia y prolija».

«Pero no se limita a la información biográfica el fondo de datos de que he tenido que echar mano. Como la tesis de la

(1) Estas comillas, como todas las otras, figuran en el texto citado y pertenecen al autor.

obra abarca fundamentales cuestiones psicológicas y éticas, y se roza con puntos de historia, etc., es mucho más lo que he tenido que ver; y todo lo he sustanciado, criticado y asimilado por mi cuenta».

«Después de eso, la cuestión de estilo, de ejecución, que, como Ud. sabe, es fundamental para mí».

Mi aptitud para transformar en imagen toda idea que entra en mi espíritu, me ha favorecido para dar a la obra gran animación y amenidad. Para cada punto o particularidad de mi tesis, se me ha ocurrido un símbolo claro, un cuento o una parábola, en los que he vertido todos los colores de mi paleta, toda la luz, toda la armonía de mi imaginación, pintando cuadros que creo han de vivir en la memoria de los que me lean. Hago como Raimundo Lulio, el filósofo-artista y baño la idea en la luz de la imaginación y la magnetizo con el prestigio hipnótico del estilo. Tengo la convicción de que mi obra «quedará» en la literatura americana, superando acaso al éxito de «Ariel».

«Le escribo en circunstancias en que estoy enteramente poseído por el espíritu de mi obra en gestación, y por eso no le hablo sino de ella». (Págs. 37-39).

Aunque las citas aparezcan excesivas, yo sólo siento el verme forzado a omitir otros pasajes en que el autor entra en pormenores acerca de cómo piensa, cómo escribe y cómo compone su obra.

No era, sin embargo, a estas confidencias de Rodó a donde yo quería llegar, por más que me haya detenido tanto en ellas. (Cervantes dice—y está en lo cierto—que en un viaje lo que más importa no es la posada, sino el camino). Mi propósito era hablarle de mi reconciliación con uno de los guías de mi juventud, y del descubrimiento que después de buenos años de conocimiento he venido a hacer hoy, en circunstancias completamente fortuitas. Se trata de una experiencia íntima, sin más valor objetivo que el de brindarnos la oportunidad de palpar una

vez más la inexactitud y superficialidad de muchas opiniones circulantes, fundadas sobre todo en el prejuicio, y mantenidas por la fuerza increíble de la pereza, de la rutina y de la inercia. Cuando, de muchacho, me interné en la obra de José Enrique Rodó, tenía, es cierto, a mi favor el entusiasmo del neófito, pero mi cultura era escasa, mi sensibilidad balbuciente, mi criterio inmaduro, y no habría sabido dónde apoyar el menor conato de resistencia personal a las afirmaciones categóricas de sus críticos, glosadores y panegiristas. Ante ellos, ¿qué otra actitud me cabía sino la del creyente «que cree en lo que no ve, por la autoridad de quien lo dice», como define y manda el catecismo del padre Astete? Pero yo veía, veía con ojos ajenos, que es manera asaz cómoda de mirar y de ver.

Ahora bien, todos aquellos escoliastas de mi referencia, pertenecían al número de esos afrancesados que tanto abundan en nuestra América advenediza y sin raigambre cultural; espíritus finos muchos de ellos, pero limitados en su formación e información literarias, y tan herméticos en su exclusivismo que creen de buena fe que la cultura francesa es toda la cultura y su literatura, la literatura por antonomasia; especie de centro de un sistema planetario, astro en torno del cual giran las letras universales, en un movimiento constante, que va de las canciones de gesta del ciclo carolingio a los más recientes folletines truculentos de monsieur Siménon.

Estos señores me enseñaron—y yo, el muy incauto, les creí que Rodó era una semilla desprendida del gran árbol galo y traída por el viento a los dominios de la lengua vernácula, donde brotara como planta exótica llamada a renovar el anquilosado idioma literario de Cervantes y de Granada, de Fray Luis de León y de Santa Teresa. (2). (Otro tanto dijeron de

(2) Es una página informativa redactada por el escritor uruguayo Hugo Barbagelata para la *Maison de la Presse* de París y que apareció al frente del *Epistolario*, puede leerse lo siguiente, que a mayor abundamiento, con-

Darío, y ésta es la hora en que Torres Rioseco y otros eruditos comentaristas han evidenciado las profundas raíces hispánicas de la poesía de Rubén). No ya sólo al hablar del pensamiento del autor de *España Niña*, de *Recóndita Andalucía*, de *Cristo a la jineta* y otras páginas de tan profunda y clarividente hispanidad, sino al ocuparse en el estilo mismo del gran prosista uruguayo, nada más que influencias francesas supieron descubrir los tales. Entre tantos juicios americanos como he leído sobre la materia—y debo confesar con rubor que desconozco hasta hoy el más importante, el estudio de Zaldumbide—sólo recuerdo una discrepancia, y está emitida en tono de censura: la de Ventura García Calderón, émulo de Carrillo en su galicismo unilateral, quien, juzgando *Motivos de Proteo*, reprocha a Rodó haber abandonado el presunto neoespañol de sus primeros escritos, para retroceder al castellano de la mejor época, que a juicio suyo debiera hace tiempo estar oleado y sacramentado...

Pero «la verdad está siempre en marcha», como se decía en los días azarosos de la campaña revisionista de cierto proceso célebre. Leyendo yo ahora estas cartas con una relativa experiencia literaria, muy distante de mí a los veinte años, puedo darme cuenta cabal de los ciegos y sordos que andaban aquellos acotadores de que antes hablara. Engañados por su daltonismo, todo les pareció teñido de francés en la obra rodiana; sordos a todo son que no viniese de Francia, no supieron distinguir el acento genuina y virilmente castellano de esta prosa admirable. Habrá que decir de paso, que a los distraídos españoles corresponde no poca culpa en la formación del mito de la ausencia de España en las ideas y el estilo de Rodó. Ellos

firma cuanto estoy diciendo: «Maneja de muy personal manera la lengua española, a la que—cual lo hiciera en el verso el malogrado poeta Rubén Darío—ha dado una flexibilidad y una elegancia desconocidas y que lo acercan a la prosa de nuestros más fuertes escritores». (Se refiere a los escritores franceses).

debieron estudiarlo, divulgarlo e incorporarlo de hecho, como ya lo está de derecho, al acervo de las letras peninsulares, de igual modo que hicieron con Darío; en vez de hacerle correr la misma suerte de otros grandes valores hispánicos nacidos en América—Bello y Montalvo, por ejemplo—tan mal conocidos en la patria del idioma que ellos ilustraron más que muchos que en ella nacieron y de ella han recibido copiosa recompensa.

En todo caso, y sea la culpa de quien fuere, creo que ya es tiempo de poner las cosas en su sitio, y decir bien claro que el estilo de Rodó, lejos de ser algo extraño e inusitado en nuestra lengua, deriva de sus fuentes más puras, como que procede del mismo hontanar ibero de donde dimanan *El libro de la Oración y Meditación* y *los Nombres de Cristo*; el elogio de la Edad de Oro y el discurso sobre las armas y las letras; las oraciones de Castelar y la *Introducción a la Historia de las ideas estéticas en España*. Y ya que he aludido a Menéndez Pelayo, juzgo oportuno agregar que me parece descubrir cierta relación, no señalada por nadie, que yo sepa, hasta hoy—y este silencio corrobora lo dicho acerca de la parcialidad afrancesada—entre la manera, tanto crítica como formal, del autor de *Calderón y su Teatro* y la del autor de la magnífica carta sobre *La Raza de Caín* que en este epistolario se inserta.

Si no estuviera ya tan cansado, y yo temiera tenerle a Ud. más cansado aún, le haría aquí una demostración, con ejemplos aclaratorios, de la influencia directa y visible de la literatura peninsular en el estilo y lenguaje de Rodó. Queda para otra ocasión. Por ahora me interesa sólo dejar constancia de que he visto confirmado una vez más lo que vengo sosteniendo con insistencia desde hace tiempo; a saber: que no se puede ser grande ni mediano escritor en nuestra lengua, sin estar bien empapado en la lectura de los valores literarios de España—los de hoy y los de siempre.

.....

No se queje ni murmure de mí por haberle escrito tan largo. Yo no sé hacerlo de otro modo, y Ud., en broma o en serio, está reclamando de continuo contra mi negligencia. Para desmentirle, y porque sentía la necesidad de desahogarme, le he lanzado esta epístola, pesada y voluminosa como un adoquín. Que pueda recibirla con entereza y leerla sin indigestarse son los deseos de su amigo.

OSVALDO VICUÑA LUCO.